



RECOGIDO EN "De esto  
y de aquello" tomo I

## "FIN DE CONDENA"

A Juan Arzadun

**N**INGUNO de tus viejos amigos se habrá alegrado más que yo del feliz éxito de tu *Fin de condena*, mi querido Juan. Con ello has forzado de una vez la atención del gran público, del público inatento que aborrece la lectura y necesita que le lean ó le reciten las cosas. Porque la preeminencia mayor del teatro entre nosotros es esa, que el espectador oye que le dicen los actores lo que han leído y no necesita leer. Y aquí la gente no tiene torpes los oídos, ¡pero lo que es la vista!...

¡Qué lejos están, amigo Juan, con no estar sino muy cercanos—¿qué son quince ó veinte años comparados con la eternidad?—, aquellos tiempos en que nuestro inolvidable Fermín Herrán, aquel infortunado luchador, publicaba en el tomo II de su «Biblioteca Bascóngada» —son h, pero todavía sin k—tu colección de relatos en prosa y verso á que titulas *Poesía*, y que yo te prologué! Aquel prólogo es una de las cosas que más con el corazón he escrito, y, por lo que á ti hace, me cuesta creer que vuelvas á escribir nada como aquella «Nochebuena del exósito», aquel «Cabezota», aquel cotejo entre nuestro Nervión y nuestro Cadagua, ó aquel «Canto á la guerra», que te valió la amistad de Balart, y tantas otras poesías que allí hay. ¿Qué quieres? ¡Manías de un solitario que va á frisar en la cincuenta!

Después nos separamos, pensando los dos, entre otras muchas cosas, en una misma, y más de una vez, al volver á encontrarnos, al peregrinar juntos al borde de nuestro bravo Cantábrico, á la vista de aquel islote de Izaro á que has cantado, discutíamos nuestro muy distinto modo de entender la técnica del verso, no digo la poesía. Nunca olvidaré aquella tarde en Elanchobe, mientras el rumor de las olas de nuestro mar, del mar que breza el sueño de nuestras montañas vascas, mecía nuestra polémica.

Has salido, al fin, y muy bien, de tu *Fin de condena*, y no hay quien se alegre de ello más que yo. Y he leído aquí mismo, en LA NOCHE, tu artículo contán-

donos cómo llegaste á escribir tu drama. Recuerdo haberte oído ese relato, y hasta me parece que lo has dado en un cuento, cuando andabas entreteniéndolo con ellos á los morigerados lectores de algún diario de nuestra nativa tierra, de aquella nuestra tierra, la de la *honrada poesía*, que dijo, con una justicia y un acierto que son lo que más me duele de ello, mi venerado maestro, el excelso don Marcelino.

Has contado cómo llegaste á escribir tu *Fin de condena*, pero ahora no sería malo que nos contases cómo has llegado á ponerla delante del público.

Eso del teatro ya sabes que es cosa aparte. Precisamente este otoño he estado leyendo la estupenda «Correspondencia» de aquel soberano artista que fué Flaubert, y hay que leer sus desahogos cuando del teatro y de sus misterios eleusinos habla.

Ya veo que nuestros ingeniosos críticos, al hablar de tu drama, le buscan sus precedentes, y veo que tú mismo, por tu parte, te refieres á la noticia que Tomás de Elorrieta, nuestro amigo y paisano, te dió; pero ya sabes que, respecto á un escritor, lo más importante es averiguar qué es lo que ha podido leer. Ahí está el secreto todo. Aunque en rigor no se trata de inquirir qué es lo que pudo leer, sino qué es lo que yo, que te juzgo, he leído. Por mi parte, á una cierta tragedia que tengo á espera de su turno en uno de los teatros de esa corte, la he titulado, curándome en salud, con el título mismo de la de Eurípides, que me la ha inspirado. Pues aunque es totalmente distinta de ella y de la de Racine, como arranca del mismo argumento, bien que modernizado, he querido evitar el trabajo de buscarle precedentes.

Nos has contado cómo se te ocurrió tu *Fin de condena*; acaso sea no menos interesante saber cómo has salido de ella. Aunque, después de todo, tú estás ahí, en la corte, al pie del cañón—no olvido tu cualidad de artillero—, y la presencia personal es un factor poderoso, por muda que sea. ¡Pero esto de vivir en provincias!...

Hay una cosa, permíteme que te la diga, que no acaba de satisfacerme en tu artículo, y es lo que se refiere á la

m m Pelays

Autob.





3-95

trascendencia social que pueda tener tu drama. Podrías conseguir con él que se mejore el régimen penal y no ser el drama, como drama, bueno, y no conseguirlo y ser excelente. Aquella *Cabaña del tío Tom*, de Mr. Stowe, que tanta parte tuvo en la guerra de Secesión de los Estados Unidos y en la definitiva abolición de la esclavitud norteamericana, es, como novela, una cosa muy endeble. Y no quiero aducir el ejemplo de cierto drama que se representó en el mismo tablado que el tuyo.

La fuerza precisamente de Ibsen, cuyo nombre baraja con el tuyo uno de los críticos, es que sus dramas no tendían a probar nada, ni a demostrar nada, ni a sostener tesis alguna. El mismo Ibsen protestó cien veces de los que le atribuían tales propósitos. Ahora, que en todo drama haya un problema, como le hay en todo suceso real, en todo crimen que apasiona, es otra cosa. Pero hay que desterrar del teatro esa cosa horrenda, la más hórrida de las invenciones modernas, que se llama sociología. En mi vocabulario privado no hay palabra más despectiva que la de sociólogo; más aún que la de abogado.

Déjate, amigo Juan, de querer «aportar tu grano de arena a la obra de perfeccionamiento de cuantos ensayan en los enfermos de perversidad métodos curativos en vez de amputaciones implacables». Si de tu drama resulta que ayudas a esa obra, bien está. Es muy fácil que la *Iliada*, la *Eneida*, la *Divina Comedia*, los dramas de Shakespeare, de Calderón, de Goethe, de Corneille, hayan ayudado a alguna filantrópica obra social, pero han servido más para elevar, por el arte y la belleza, el nivel espiritual del hombre. Nada de dramas sociológicos ni penitenciarios.

Ahora, si las gentes ven en él un problema, una enseñanza, bien está.

Tu obra es otra, y es infundir nuevo aliento en este nuestro teatro contemporáneo; ó mejor dicho, volverte su viejo aliento y formar, con los que, con Benavente a la cabeza, tratan de que no se hunda en el *métier*, en el oficio cuya mafia es aquí, como en todas las empresas industriales, meter cada uno su carro en la rodera que hizo el del vecino.

Te felicita con toda efusión tu viejo amigo

Miguel de UNAMUNO



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES